

HOMILIA DEL X CONGRESO DE LA CONFEDERACIÓN EUROPEA DE AA. AA. DE JESUITAS Pedro Arrupe, S.J.	Valencia, 1973
---	-----------------------

Hermanos:

Os habéis propuesto para este Congreso, que ahora concluimos bajo el signo del realismo cristiano, una ardua tarea. Vamos a recogerla brevemente y a iluminarla desde la única luz que da la verdadera perspectiva a toda la realidad humana, la de la Palabra de Dios.

Ha sido la vuestra una labor de reflexión, de mayor toma de conciencia de un aspecto de nuestra realidad que está ahí, a nuestro lado, o incluso dentro de nosotros mismos, y que no nos atrevemos a tocar: la injusticia.

Esta reflexión ha debido provocar un cierto malestar interior, una disconformidad personal con muchas situaciones de nuestro mundo. Disconformidad que es una forma de amar al mundo e interesarse por él, toda vez que tiende a movilizar la voluntad de comprometernos en mejorarlo.

En terminología ignaciana, podríamos sintetizar nuestra actual actitud afirmando que "todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán sus personas al trabajo" (EE. EE. 96).

Sus personas / al trabajo: He aquí los dos elementos que directamente concentran el fruto de estos días, y que de muchas maneras han debido ser tocados, interesados y comprometidos tanto durante las tareas de preparación como en la realización de este Congreso, Y habrán de serlo aún más desde ahora.

1. Las personas - el hombre : He aquí el núcleo de la realidad que nos interesa. Antes de preguntarnos qué es lo que vamos a hacer, nos es más importante preguntarnos quién es el que va a hacer. Más que los programas interesan los hombres capaces de concebir programas y capaces de realizarlos.

Nos preocupa lo concreto, llegar a conclusiones concretas. Pues bien, lo más concreto que tenemos en nuestras manos somos nosotros mismos. Y mientras esto concreto no sea tocado realísticamente, todos los demás programas, por muy concretos que sean, no tienen garantizada su puesta en vida y su pervivencia. En el campo de la justicia, de hecho, hay bellísimos programas casi inéditos.

Y es que trabajar por la justicia no es fundamentalmente idear un programa que luego uno incorpora o no a la vida, entero o sólo en retazos, siempre o sólo en determinados momentos de ella. Ni es buscarse un hobby al margen de la vida, para evasión o compensación de otros capítulos de la misma. Tampoco es una profesión para especialistas, para grupos seleccionados, para comandos del Evangelio con una vocación específica.

Trabajar por la justicia, hacer la justicia, es algo que interesa y compromete a toda la persona, como el mismo ser cristiano e inseparable de este ser cristiano. Pertenece a la zona del SER, previa a la del HACER; invade los últimos rincones de nuestra existencia penetrándola toda, nuestra actividad profesional, nuestra vida familiar, nuestra preocupación cultural...

Es, antes que nada, hacernos una conciencia nueva, una sensibilidad nueva, una nueva prontitud para responder con una acción nueva, que nos sitúa de cara al otro, a los demás hombres, de una manera nueva, como hemos escuchado a San Pablo: "No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis

Distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto" (Rom. 12, 2) y como sigue concretando Pablo, en virtud de esta renovación de la mente, que importa una nueva medida de la realidad, surge una nueva capacidad: para la caridad sin fingimiento; para adherirse al bien; para amar cordialmente; para estimar en más cada uno a los demás; para compartir las necesidades de los demás; para practicar la hospitalidad; para no devolver a nadie mal por mal, sino procurar el bien a todos en paz con todos los hombres; para no tomaría justicia por vuestra cuenta; para no dejarse vencer por el mal, sino vencer al mal a fuerza de bien (Rom. 12, 3-21).

2.- Con ello hemos entrado en el segundo elemento que hemos dicho sintetiza, nuestra labor de estos días, un trabajo, una tarea, mostrando que persona y tarea son dos realidades inseparables que se condicionan y definen mutuamente más de lo que creemos: "Ofrecerán sus personas al trabajo" Se trata efectivamente, de una acción que admite traducciones múltiples, pero que tiene siempre como objeto propio la referencia al otro hombre, el reconocimiento de lo que todo hombre realmente es y realmente vale por hombre y por redimido, y la entrega de lo que se le debe. Mejor aún, de más de lo que se le debe. Porque en medida cristiana la equidad es un *mínimum* imprescindible, pero que ha de ser sobrepasado por la generosidad.

3.- Ahora bien, esta acción por la justicia que busca al hombre y termina en el hombre, no puede limitarse sólo a ser una acción de promoción de elevación de este hombre en la escala de un desarrollo cultural y socio-económico. Correríamos el riesgo de tantas 'promociones que terminan produciendo mayores diferencias en la humanidad.

HOMILIA DEL X CONGRESO DE LA CONFEDERACIÓN EUROPEA DE AA. AA. DE JESUITAS Pedro Arrupe, S.J.	Valencia, 1973
---	-----------------------

Ni debe reducirse a una acción reformadora de las estructuras en las que el hombre se mueve como ser social, especialmente de aquellas en las que la injusticia surge más fácilmente.

Si nuestra acción por la justicia ha de acercarse a la profundidad en que la situó Jesucristo, es necesario que llegue al mismo hombre, a lo más profundo de su ser. El Evangelio la llama "fermentación" de la sociedad: "¿a qué compararé el Reino de Dios? . Es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo" (Lc. 13, 20-21). Esta fermentación desde dentro, célula a célula, hombre a hombre, molécula a molécula, grupo humano a grupo humano, desde dentro, es la más definitiva tarea por la justicia. Se trata de transformar al hombre en un nuevo tipo de hombre, hacerle en frase evangélica "nacer de nuevo", porque sólo hombres transformados son capaces de transformar al mundo incluso manejando estructuras imperfectas. Al contrario, hombres no cambiados, no transformados son capaces de convertir las mejores estructuras en instrumento de opresión y de hacer incluso de la promoción humana una nueva forma de esclavitud.

Ahora bien, esta acción fermentadora de nuestra sociedad nos plantea a nosotros mismos dos problemas personales, que posiblemente nos falte valor para encarar: primeramente, si tenemos clarificada para nosotros mismos la figura de este hombre nuevo. Y en segundo lugar hasta qué grado nosotros mismos la vamos realizando en el concreto de cada uno.

Subrayamos que la radical novedad del Evangelio consiste en proclamar este singular humanismo, este nuevo tipo de hombre, nacido de la fe en Jesús, que es: el hombre muerto a todo egoísmo y, por lo mismo, resucitado, renacido, libre para amar de verdad, libre para dar la vida, libre para entregarse y comprometerse enteramente por los demás. Hombre que integrando en la profunda unidad de su persona fe y amor, amor a Dios y amor al prójimo, hace verdad visible en sí mismo la entera fecundidad social de nuestra fe en Jesús. Es como Jesucristo "un hombre-para-los-demás".

Pues es un hombre poseído de una nueva visión y de una nueva valoración del otro, de cualquier hombre, como de un ser por quien se puede morir, por quien vale la pena morir.

Por ello, es un hombre dotado de una nueva sensibilidad ante las realidades de nuestro mundo. Una especie de sexto sentido para detectar el desajuste y la injusticia allí donde se encuentren, precisamente porque es el fruto de toda

una otra visión valoración del hombre. Nuestra sociedad ha desarrollado extraordinariamente este sentido, pero nadie como el cristiano, si lo es de verdad, impulsado por la caridad, está dotado de órganos y medidas más sensibles para captar la injusticia.

Es un nuevo hombre con una nueva fuerza en base a la Palabra que ha escuchado, en la que ha creído, por la que espera y con la que ha llenado de sentido toda su existencia. Fuerza que si parece a veces enfrentarse dialécticamente con la realidad y contradecirla, en verdad le empuja a la más profunda inserción en el mundo para fermentarlo, transformarlo.

Hombre finalmente con una prontitud para la acción y dotado de un nuevo procedimiento. Aquí otra novedad radical del Evangelio. Desde las formas más elementales de austeridad personal para dar más, hasta la entrega total -la muerte si es preciso-, la comunicación, la donación, el compartir, en formas inagotablemente originales, son el nuevo estilo del hombre nuevo. Desde el Evangelio, la vida se hace cuanto de verdad se da, se gana cuando se pierde.

Aquí radica aquella nueva simpatía que suscitaba a su alrededor la primera comunidad cristiana, (Act. 2, 47) y su poder de fermentación de la sociedad.

4.- Este tipo ideal de hombre, capaz de hacer realidad un tipo ideal de mundo y de humanidad, por el que ha luchado y lucha lo más noble que ha pasado por la historia, no es una creación de mentes iluminadas. El prototipo de este hombre nuevo ha pisado nuestra tierra "se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajo con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María se hizo verdaderamente uno de los nuestros" (Gaudium et Spes n. 22).

Dios se ha definido a sí mismo reiteradamente en la Escritura por su relación, por su proximidad al hombre, "el que está contigo". "Yo estoy contigo" "El que está con vosotros". Pero la cumbre de esta definición la hace en Jesús, que no es el que está en el hombre, sino el que es hombre. Dios mismo vive en Jesucristo este nuevo tipo de hombre, esta nueva visión y valoración, esta nueva fuerza de inserción, esta nueva acción transformadora desde dentro.

Y al hacerlo así, hace toda justicia. Nos reconcilia consigo mismo y nos enseña a realizar así esa primera reconciliación entre nosotros, mediante el primer paso de aproximación al hombre, que es la justicia. Porque en realidad la reconciliación como tarea del cristiano no se queda en la justicia, va

HOMILIA DEL X CONGRESO DE LA CONFEDERACIÓN EUROPEA DE AA. AA. DE JESUITAS Pedro Arrupe, S.J.	Valencia, 1973
---	-----------------------

mucho más allá de la justicia, va "hasta el extremo" no tiene otros límites que los del "Todo por Todos".

Dios, inmerso en las estructuras de los hombres, busca ante todo al hombre, artífice de dichas estructuras, se interesa por el hombre concreto, su cambio, su transformación, su metanoia, y a través de él, la de sus estructuras, forzosamente limitadas por un lado y siempre reformabas sólo desde hombres cambiados, nacidos de nuevo. Así promulga la utopía de la creación de este nuevo hombre y lanza el procedimiento nada propagandístico ni nada espectacular (tan poco propagandístico y tan poco espectacular como pueda ser una cruz) de esta fermentación de la humanidad, como tarea permanente de todo cristiano.

Los que se han parado ante este prototipo de hombre nuevo, le han entendido y se han dejado cambiar por Él, se han capacitado radicalmente para hacer la justicia en el mundo. Y la han realizado de hecho.

5.- La formación de este hombre nuevo, de manera más o menos explícita y con prototipos y procedimientos humanos sin duda muy imperfectos y discutibles pero sustancialmente válidos, pretendió ser la tarea del colegio de la escuela profesional, del centro de estudios superiores, donde encontrasteis por primera vez a la Compañía de Jesús.

Idealmente e inicialmente esta formación empezó allí. Pero en realidad esta formación no termina nunca. Va con la vida. Se puede llegar a dominar hasta casi sus últimos secretos una ciencia, una técnica, o al menos una parcela de ellas. La ciencia de construir este hombre nuevo, autor de un mundo nuevo que añoramos, es inabarcable. Se hace todos los días. Este hombre nuevo, nacido una vez "del agua y del Espíritu", está por un lado rodeado de amenazas constantemente. Es la amenaza del retorno instintivo a las mil fuentes de nuestro egoísmo original. Pero por otro lado está siempre desbordado de nuevas posibilidades.

Y es aquí donde las Asociaciones de Antiguos Alumnos de la Compañía tienen, a mi juicio, su tarea más urgente, dinámica y eficaz: en la recreación, en la formación, de este hombre nuevo, en abrirle a las inagotables posibilidades de renacer y renovarse, que presenta cualquier momento de la historia -también de manera muy especial el presente-.

Corno profesionales de la ciencia, o del derecho, o de la técnica, o de la política, etc., tenéis vuestras particulares vinculaciones grupales.

Lo que os vincula como Antiguos Alumnos de la Compañía es el haber recibido los rudimentos de este nuevo hombre y haberlo empezado a construir de manos de unos

mismos maestros, ellos mismos a su vez necesitados de vivirlo cada día dentro de sí mismos y de portarlo coherentemente en sus propias vidas.

La tarea sigue abierta para vosotros y para nosotros. En ella todos somos discípulos. La Asociación de Antiguos Alumnos puede y debe ser esta escuela. Para vosotros y para nosotros. Ella debe seguirnos despertando esa, nueva conciencia, esa nueva sensibilidad, ese nuevo modo de comprometernos en la transformación de este nuestro mundo.

No olvidemos, sin embargo, que este empeño no es obra para hombres solos. Fue necesario inicialmente que Dios se nos adentrara a vivirlo. Y es que, como hemos escuchado en la primera lectura, necesitamos ser "ungidos por el Espíritu" para hacer la justicia, para dar "la Buena Noticia a los que sufren, para vendar corazones desgarrados, proclamar amnistía a los cautivos, libertad a los prisioneros, para renovar ciudades en ruinas y levantar los escombros de muchas generaciones" (Isaías 61, 1-4).

Frente a los gigantes de las grandes fuerzas macroeconómicas de nuestro mundo desafiando a Israel, al hombre (1 Sam. 17, 10), puede parecer que volvemos a salir con una honda y cinco cantos escogidos en el torrente, y hasta oímos decir: "No puedes ir contra ese filisteo para luchar con él, porque tú eres un niño y él un hombre de guerra desde su juventud" (id. 32). Pero como entonces, también hoy, "no por la espada ni por la lanza, no por el poder del hombre, salva Yahvé" (id. 47).

Es Dios, el estudio iluminado de su Palabra, la contemplación de ese hombre nuevo Cristo Jesús, el que dará la nueva visión, del "hombre-para-los-demás" del hombre "todo para todos", el nuevo vigor para una transformación que programáticamente comenzará por nuestras propias raíces de hombre, mediante una personal conversión. Que no otra cosa vino a pedir Cristo.

Cerramos este Congreso con una Eucaristía. La Eucaristía es una permanente presencia no sólo de la justicia que Él nos trae, sino de la justicia que Él nos pide y nos encarga como nuestra tarea. E incluso es un permanente recuerdo del procedimiento de transformación desde dentro, hombre a hombre, grupo a grupo, para convertirnos en hacedores de la justicia en nuestro mundo por el vehículo de nuestra propia vida empeñada, gastada por todos. La Eucaristía, bien comprendida y vivida, es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina hasta que fermentó todo. Así sea.